

350 UNICA

ECONOMÍA (NOTA)

LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DEL ANÁLISIS ECONÓMICO*

¡Hola!

Si permanecemos juntos un rato, dentro de algo menos de una hora, yo no diría que usted va a ser un economista hecho y derecho. Entre otras cosas, porque el gremio de los economistas nunca me lo perdonaría. Pero usted va a incorporar, ¿cómo diría?, a su sangre, de una manera concreta y adulta, si lo quiere por razones de cultura general, si lo desea al servicio de la toma de decisiones, los principios básicos del análisis económico.

Le aclaro que este cassette no tiene porqué ser escuchado de punta a punta, ni tampoco una sola vez; úselo como mejor le parezca. Lo importante es que esté a su servicio, y al de las personas que usted crea conveniente (y también le aclaro que no sé IDEA, pero yo no me enojo si lo copia).

La idea que inspiró este cassette es muy audaz, pero el intento vale la pena: se trata de transmitirle a Ud. lo que un conjunto de hombres, en el último par de siglos, han descubierto sobre un aspecto muy importante de la realidad, cual es el aspecto económico. No le voy a transmitir todo, sino lo básico, aquello sobre lo cual todos los economistas estamos de acuerdo. Tanto que, aunque le parezca mentira, palabra más palabra menos, este cassette podría haber sido hecho por cualquier economista profesional. Y al respecto le aclaro que puede ser que importantes partes del análisis económico estén hoy en crisis, pero lo que dice este cassette ciertamente no está en discusión.

Bien, para entrar en materia conviene empezar haciendo una importante diferenciación, porque a raíz de cómo utilizamos los términos, tendemos a

* Desgrabación del cassette editado por IDI-A.

confundir términos como problema económico, análisis económico, política, política económica y economía.

Para clarificar esta diferenciación, nada mejor que ubicar los términos mencionados desde el punto de vista histórico. El problema económico es casi tan viejo como la humanidad. Los economistas ubicamos el nacimiento del problema económico en el preciso instante en que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso (¿recuerdas aquello de: "ganarás el pan con el sudor de tu frente?"). ¡Mire si será viejo...! Por su parte el análisis económico, esto es, la reflexión sistemática, pura, es decir, desligada de toda consideración filosófica o ética, sobre el problema económico, tiene apenas un par de siglos. Esto de reflexión desligada de consideraciones éticas, como se verá claramente luego, no quiere decir que los economistas seamos personas que no tienen alma.

En el mismo instante en que se creó el problema económico, se crearon el problema médico, el problema psicológico, el problema sociológico, etc., y con el correr del tiempo el hombre reflexionó en forma sistemática, aislada de consideraciones éticas, sobre el problema médico, y creó la medicina; sobre el problema psicológico, y creó el psicoanálisis; sobre el problema sociológico, y creó la sociología. En este conjunto de disciplinas científicas, desde el punto de vista cronológico los economistas miramos con envidia los miles de años de investigación médica, matemática o astronómica, pero con una cierta superioridad sobre el apenas siglo de la psicología y sociología.

Pero volvamos a la cuestión central. Desde que, como digo, luego de la expulsión del Paraíso, hubo problema económico, y puesto que también existía el problema político (algunos afirman que ya en el Paraíso, entre Dios y Adán se planteaban verdaderos problemas de poder), desde ese momento existieron la política, entendida como el ejercicio práctico del poder, y la política económica, es decir, aquella parte de las decisiones públicas que tienen que ver con los aspectos económicos de la realidad.

En Grecia, en Roma, los mayas, Colón; todos enfrentaron problemas económicos; todos tuvieron que hacer política y también política económica. La diferencia entre ellos y los gobiernos del último par de siglos, es que mientras aquéllos no tuvieron a su disposición el análisis económico para una toma de decisiones racional, éstos sí lo tuvieron a su disposición... lo cual no quiere decir que siempre lo utilizaron.

Sintetizando: la política económica está al servicio de la política, lo cual quiere decir que se necesitan criterios políticos para elegir la mejor de las alternativas factibles, y aquí enfatizo lo de factibles. El análisis económico no está al servicio de ninguna política, porque sirve para clasificar a las alternativas entre las factibles y las que no lo son. La pretensión de colocar la "economía", es decir, el aparato con el cual identifico lo que es factible y lo que no lo es, bajo la "política", para obligarla a aquella a estirarse como un chicle, lo que hace es politizar la cuestión económica, y es equivalente a

ordenar por decreto que los embarazos duren 15 meses para disimular una relación prematrimonial.

Pues bien, como dijera antes, mientras el problema económico es casi tan viejo como la humanidad misma, el análisis económico tiene apenas un par de siglos. Nació, ¿cómo diría?, oficialmente, en marzo de 1776 cuando el escocés Adam Smith publicó su libro *Investigación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, donde, observando al hombre como es, postuló el famoso principio de la mano invisible según el cual cada uno de nosotros, en la búsqueda de nuestro propio beneficio, en una economía sin interferencias no tendría más remedio que hacer por los demás cosas que a los demás les conviniera.

Unas 4 décadas más tarde, con la revolución industrial en desarrollo, los ingleses David Ricardo y Tomás Malthus plantearon un panorama pesimista del desarrollo a partir uno de los rendimientos decrecientes de la agricultura y el otro de la explosión demográfica. La recomendación del primero, el libre comercio, tuvo mucho que ver con las economías inglesa y argentina de la segunda mitad del siglo XIX.

Al pesimismo "tecnocrático" de Ricardo y Malthus sobre las posibilidades del desarrollo capitalista se le sumó, hacia mediados del siglo pasado, el del alemán Marx, pero esta vez basado en lo que él denominó las contradicciones internas del capitalismo, como la propensión a desarrollar tecnologías que plantean desocupación de mano de obra.

Hacia 1870, y sin que el anterior esfuerzo "grandioso" se diese por terminado, junto a la matematización del esquema económico en su conjunto, a cargo del francés Walras, apareció lo que se denomina la "revolución marginalista", que reorientó el análisis económico de la macroeconomía de los economistas clásicos hacia la microeconomía, es decir, el estudio de cada unidad económica.

El inglés Alfredo Marshall, a comienzos de este siglo, sintetizó el enfoque de costos de los clásicos con el enfoque más psicológico de los marginalistas, en el conocido esquema de oferta y demanda.

Por su parte otro inglés, Juan M. Keynes (porque, ¿cómo se dice Maynard en castellano?), durante la década de 1930, volvió a reorientar el análisis económico hacia la macroeconomía interpretando y —a su manera— solucionando la clase de problemas económicos creados por la Gran Depresión de la década de 1930.

Por último el austríaco José Schumpeter, hacia el final de la primera mitad del presente siglo, volvió a la cuestión marxista de la supervivencia del capitalismo, sugiriendo una versión alternativa del fracaso final del mencionado sistema de organización económica, porque mientras pensaba en la desaparición del sistema capitalista por los problemas económicos generados por

[dicho sistema, Schumpeter lo pensó por los problemas políticos que genera la clase capitalista. Más de un observador ha dicho que si el tercer cuarto del siglo XX fue "la era de Keynes", el último cuarto, el que estamos viviendo, bien puede ser la "era de Schumpeter".

Basta de la historia del análisis económico. Usted se preguntará cómo es que yo no figuro en la lista. ¡Es que algo tiene que quedar para la versión revisada de este cassette!

Terminemos entonces esta introducción, antes de escuchar un poco de buena música, con la enunciación de los principios fundamentales del análisis económico que vamos a desarrollar sintéticamente de inmediato. El principio básico, el que le da razón de ser a mi profesión, es el principio de escasez, según el cual no hay de todo, para todos, gratis. REPITO: no hay de todo, para todos, gratis. El segundo principio, el de las alternativas, dice que hay escaseces, pero que en cada situación no es una sola la cosa que se puede hacer. Y el tercer principio, que hace naturalmente de la combinación de los 2 primeros, es de los criterios de asignación; porque si no puedo hacer todo simultáneamente, pero alternativamente puedo hacer más de una cosa, la pregunta es: ¿cuál es la que más conviene hacer? o, puesta dinámicamente, ¿cuál es la que conviene hacer primero?

Este cassette es reversible o, si quiere, usted está escuchando 2 cassettes en uno. Porque esto puede ser interpretado como muy buena economía con cortinas de muy buena música, o también como muy buena música con cortinas de muy buena economía. Con perdón de Mussorgsky, a mí me da lo mismo.

Como le decía hace un instante, el principio básico, la razón de ser de la existencia del análisis económico y por consiguiente de los economistas, es el denominado principio de escasez.

La mejor manera que encontré para introducir el principio de escasez es a través de una versión, que espero Ud. no encuentre irreverente, del primer libro de la Biblia, el Génesis.

¿Cómo luciría el Génesis si hubiera sido escrito por un doctor en ciencias económicas? Lo que haría este señor sería trazar un par de ejes, midiendo en el horizontal cantidades y en el vertical precios, y en ese gráfico pintaría una curva de oferta y una de demanda (porque, como sólo exagerando levemente apuntara Bernard Shaw, si a un loro se le enseña a repetir oferta y demanda lo que se obtiene es un economista).

Las curvas de demanda de Adán y Eva en el Paraíso eran como son hoy las nuestras, porque dejando de lado la evidente crisis de la industria textil, dada la desnudez allí reinante, en los otros casos no había diferencia. Eva quería una blusa, un collar, etc., y Adán quería un auto último modelo, de

manera que desde el punto de vista de la demanda es razonable pensar en curvas como las nuestras.

La diferencia entre el Paraíso y nosotros está del lado de la oferta. En efecto, cuando en el paraíso Eva le pedía a Adán una blusa nueva, Adán iba al árbol de las blusas, descolgaba una del modelo y color deseados, y se lo daba a Eva; y cuando Adán quería un cigarrillo iba al árbol de los cigarrillos, arrancaba uno y, bueno, ya lo tenía. Lamentablemente para nosotros, como usted sabe, en un momento dado se produjo la famosa ida de Adán hasta el árbol de las manzanas.

¿Cómo contaría esta parte de la historia el ya citado doctor en economía? Diría que a raíz de este pecado de desobediencia, Dios desplazó violentamente hacia la izquierda la curva de la oferta, es decir, creó una situación en la cual ya no había de todo, para todos, gratis. Repito: dejó de haber de todo, para todos, gratis. Dicho de otra manera, cuando Dios echó a Adán y Eva del Paraíso creó la escasez, el problema económico por excelencia (así como creó la muerte, el problema médico por excelencia).

Me interesa que esta idea de la escasez, tan importante en el análisis económico, a usted le quede clara. Particularmente el sentido en el cual la utilizamos los economistas. Porque no se trata de la escasez circunstancial sino de la permanente o, mejor dicho, de la que sólo se remedia a través de mucho esfuerzo (ejemplo: no se trata de la escasez de entradas en los cines los sábados a la noche, junto a la abundancia de butacas en el resto de la semana); ni tampoco se trata de la escasez individual sino de la general (ejemplo: no hay duraznos en un supermercado pero sí en el de al lado; o no hay duraznos en ningún lado pero sí el resto de los productos, etcétera).

La escasez de la que hablamos los economistas es la que impide satisfacer simultáneamente los deseos y las necesidades de todos, hecho que, como usted habrá apreciado en su propia experiencia, al hombre no le causa ninguna gracia. Tal es así que, ¿sabe qué le pediría a los Reyes Magos? Que existieran. Y si no pueden existir, entonces les pediría que todos los que tienen que decidir, lleven pero en la sangre el principio de escasez.

Pues bien, hasta aquí, en la versión de un profesional en economía, lo que dice el Génesis. El agregado que suelo hacerle al texto bíblico es que Dios, tiempo después de haber echado a Adán y Eva del Paraíso, en un acto de misericordia dijo: "Se me fue la mano. No puedo revisar mi decisión porque plantearía una crisis de credibilidad, pero al menos voy a hacer algo para mitigar el castigo". Y fue entonces que creó a los economistas.

Lo imagino, o la imagino, en estos momentos, riéndose, pero este agregado al Génesis es importantísimo. Porque clarifica dos ideas muy importantes. En primer lugar, la pretensión, por parte de muchos seres humanos, de eliminar la escasez de la Tierra, es teológicamente una herejía. No digo que cada uno no debe buscar una mejora continua de su bienestar material, así como

cada uno hace esfuerzos para prolongar su vida. Pero el ser humano tiene que saber que, aquí en la Tierra, en un sentido absoluto, la escasez siempre va a existir, de la misma manera que la muerte siempre va a existir. Lo cual, en ambos casos, es una verdadera lástima, pero es así.

La segunda idea importante que surge de mi agregado al Génesis es que la relación entre el problema económico y los economistas no es, como tantas veces se dice, la misma que existe entre el huevo y la gallina. Primero fue el problema económico y después, como vimos históricamente mucho después, fuimos los economistas. La frase "hace 100 o 500 años no había ni problemas económicos ni economistas" genera sonrisas, puede resultar atractiva, pero es rotundamente falsa, porque como dijera antes, en Egipto, en Grecia, en Roma, en todos los lugares del mundo siempre hubo problemas de escasez, pero no economistas. Los economistas somos un producto de la escasez, como los médicos uno de la enfermedad y los bomberos uno del fuego.

Del principio de escasez surge una noción clave: los economistas distinguimos entre las alternativas factibles y alternativas no factibles. Si en vez de un audiocassette esto fuera un videocassette, en este momento usted me vería frente a una pizarra, trazando un par de ejes y una curva, que entre colegas designamos "frontera de posibilidades de producción". Aquí no hay pizarra pero la idea puede ser transmitida igual: en base a los recursos y la tecnología hoy existentes, hay alternativas factibles, que pueden ser y otras no factibles, que por más que se deseen no pueden ser.

A partir de esta clasificación de las alternativas, cuando enfrentamos un problema concreto los economistas hacemos algo importante, que es que inmediatamente lo clasificamos ubicándolo en alguna de las siguientes categorías: problemas de escasez, problemas de distribución y problemas de reactivación o de desregulación.

Si lo que nos están planteando es algo no factible (ejemplo: casas para todos, ya), lo calificamos como un problema de escasez, y lo contestamos diciendo: "mientras no se modifiquen algunas de las condiciones que vamos a describir más adelante, el problema no tiene solución, y no es que humanamente no nos dé lástima que el problema no tenga solución pero la realidad es así".

Cuando la cuestión que se nos plantea tiene que ver con una alternativa factible versus otra distinta también factible (ejemplo: hay que privilegiar a los niños en contra de los ancianos, o viceversa), pero donde en ambos casos se utilizan totalmente los recursos existentes, entonces estamos delante de un problema de distribución.

Sobre problemas de distribución, los economistas como tales no tenemos nada que decir. Si alguien dice: "a mí me parece que hay que darle toda la producción a los niños, y los ancianos que se mueran", el economista como tal, dice: "adelante, si usted cree que ésa es la mejor alternativa para la

comunidad". Y si otro dice: "no, hay que darle todo a los ancianos y los niños que se embromen", el economista, insisto, desde su rol profesional, dice: "adelante, porque ésta también es una alternativa factible".

Lo que nadie puede seriamente decir, porque violaría el principio de escasez, es "vamos a darle de todo a los ancianos, de todo a los jóvenes, de todo a los altos, de todo a los bajos, etcétera".

Insisto en que no es que sea una lástima que la realidad sea así, pero enfatizo el hecho de que profesionalmente no puedo ignorar cómo es la realidad, en el nombre de que no me agrada cómo es dicha realidad. Y también insisto en que el hecho de que como economistas no tengamos nada que decir en materia de distribución no implica que cada uno de aquellos seres humanos cuya profesión es la de economista no puede, ni debe personalmente tener ideas bien fundadas al respecto.

Por último, cuando la cuestión es una de alternativas que además de factibles dejan ociosos algunos de los recursos productivos, el problema es de reactivación, si la causa de desempleo parcial de los recursos productivos se origina en la falta de demanda, o es de desregulación, si de todos los recursos hay algunos ociosos por alguna razón que traba a la oferta (ejemplo: una prohibición); y en cualquiera de estos dos casos, en principio, los economistas como tales tenemos muchas cosas para decir.

Déjeme, por si se perdió, ensayar una síntesis de lo visto hasta aquí. La escasez es casi tan vieja como la humanidad, pero sólo desde hace un par de siglos el hombre se puso a reflexionar científicamente al respecto. La escasez obliga a diferenciar lo factible de lo que no lo es, para lo cual resulta útil clasificar cualquier cuestión bajo discusión en una de escasez, en una de distribución o en una de reactivación o de desregulación.

¿Un poco más de buena música?

Acabamos de analizar, en forma inevitablemente sucinta, el principio básico del análisis económico, esto es, el principio de escasez. Complementariamente a este principio, los economistas hemos descubierto otro, que es el de las alternativas.

¿Qué dice el principio de las alternativas? Que hay escasez, es decir, que con los recursos y la tecnología existentes no hay de todo, para todos, gratis, pero que normalmente los mismos recursos se pueden destinar a fines alternativos. Así, no hay cemento para hacer todo lo que la gente quiere y se hace con cemento, pero la misma bolsa sirve para asfaltar una calle, hacer una pileta, un hospital, una casa o una escuela; a su vez la escuela puede ser primaria, secundaria o universitaria; se puede ubicar en la provincia de Córdoba o en la de Entre Ríos; la casa puede ser para una persona anciana o para una joven; la fábrica puede ser textil o metalúrgica; y dije cemento como podría haber dicho cualquier otro producto, porque en definitiva,

cuando se retrocede hasta las últimas consecuencias, la cuestión es cómo se asignan la tierra y el trabajo, y en este último caso pensando tanto en el trabajo directo, es decir, la mano de obra, como en el trabajo, ¿cómo decirlo? "congelado", esto es, en el capital.

Vamos a introducir el principio de las alternativas trabajando con un sencillo ejemplo numérico, que quizás usted lo pueda seguir con lápiz y papel o, sin mayores dificultades, mentalmente.

Supongamos (supongamos es una de las palabras preferidas de los economistas). Supongamos, digo, que en un país hay 50 ladrillos. También supongamos que según la tecnología existente, se necesitan 5 ladrillos para hacer una casa, y 10 para hacer una piletta. Repito: en el país hay 50 ladrillos, una casa se hace con 5 ladrillos y una piletta con 10. La pregunta es la siguiente: dados la tecnología y los ladrillos existentes ¿cuáles son las alternativas factibles que existen en ese país de hacer casas y pilettas?

Enfrentados a esta cuestión los economistas comienzan por un extremo, preguntando: ¿cuántas se podrían hacer si todos los ladrillos se dedicaran exclusivamente a hacer casas? Si en el país hay 50 ladrillos, y se necesitan 5 ladrillos para hacer una casa, cuando todos los ladrillos se destinan a hacer casas se pueden hacer... 10 casas. Luego hacemos la pregunta contraria: si todos los ladrillos existentes se dedicaran a hacer pilettas, ¿cuántas se podrían hacer con 50 ladrillos? La respuesta es... 5 pilettas, porque si hay 50 ladrillos y para hacer una piletta se necesitan 10 ladrillos, cuando todo el esfuerzo productivo está asignado al sector pilettas la producción es de 5 pilettas.

Pero las alternativas extremas no son las únicas factibles, porque los ladrillos también pueden asignarse a hacer algunas casas y algunas pilettas. Ahora la pregunta importante es: ¿qué sacrificio en términos de casas hay que hacer para fabricar una piletta más o, también que sacrificio en términos de pilettas hay que hacer para fabricar una casa más? Si para hacer una casa se necesitan 5 ladrillos, y para construir una piletta se requieren 10 ladrillos, entonces para hacer una piletta más hay que renunciar a 2 casas.

Estamos ahora en condiciones de mostrar la totalidad de alternativas que en las condiciones descritas resultan factibles: 10 casas y ninguna piletta; 8 casas y 1 piletta; 6 casas y 2 pilettas; 4 casas y 3 pilettas; 2 casas y 4 pilettas; o ninguna casa y 5 pilettas.

Este ejemplo numérico sirve, de paso, para ilustrar claramente la angustiosa situación que plantea el problema de escasez, problemas de distribución y problemas de reactivación o de desregulación. En efecto, si bajo las circunstancias descritas alguien pretendiera que existieran 10 casas cada una con su piletta, esto plantearía un problema de escasez; por su parte, si con la dotación de ladrillos y tecnología dados, alguien estuviera eligiendo entre 6 casas y 2 pilettas, o entre 2 casas y 4 pilettas, estaría planteando un problema de distribución; y por último, quien en el ejemplo citado encontrara

que en la economía se producen 1 casa y 1 piletta, estaría planteando un problema de reactivación o de desregulación de la oferta.

A primera vista el ejemplo planteado parece tonto, pero tiene una aplicación muy generalizada. Tache casas y pilettas, mantenga la idea fundamental y ponga provincia de San Juan y Mendoza, o sectores alimenticio y químico, o jubilados y asalariados activos, o niños y el resto de la comunidad, o inversores y ahorristas, o deudores y acreedores. El principio es siempre el mismo: hay escasez, pero también hay alternativas siempre dentro del marco de la escasez.

Como la escasez es una parte de la realidad que humanamente nos molesta, la pregunta que surge es: ¿qué se puede hacer para aumentar la producción, es decir, para convertir en factibles algunas alternativas que hoy no lo son? Demore hasta ahora la consideración de este punto porque su tratamiento resulta más claro utilizando el ejemplo de los ladrillos.

¿Cómo se podrían construir más casas, junto al mismo número de pilettas, o cómo se podrían obtener más pilettas junto al mismo número de casas? ¿Cómo podríamos hacer para, en lenguaje de economistas, desplazar hacia afuera la ya mencionada "frontera de posibilidades de producción"?

Una alternativa sería redefinir las unidades. ¿Por qué en vez de hacer casas no hacemos casitas, y en vez de pilettas no hacemos pilettas? Es una alternativa, pero que normalmente resulta una muy mala alternativa porque representa una falsificación del problema (ejemplo: se disminuye la calidad).

De manera que las verdaderas soluciones pasan por mayores cantidades de unidades de determinada calidad que pueden efectivamente ser producidas en forma conjunta. Si usted repasa el ejercicio, si usted recuerda los 50 ladrillos, los 5 que se necesitaban para hacer una casa y los 10 que se requerían para construir una piletta, se da cuenta que en esta economía va a haber más casas junto a igual número de pilettas, o más pilettas junto a igual número de casas, si y sólo si ocurren alguna, o ambas, de las dos siguientes cosas: que aumente el número de ladrillos existente, o que disminuya el número de ladrillos necesario para hacer cada casa o cada piletta.

Esto, que resulta sencillo de mencionar, encierra el secreto de los pocos cesos de desarrollo económico. Porque que haya más ladrillos quiere decir acumulación, y por lo tanto esfuerzo, postergación de consumo. Porque lamentablemente en la realidad los ladrillos no caen del cielo como el maná. Mientras que si no aumenta el número de ladrillos, la única forma factible de que haya más casas y/o más pilettas es vía la mejora tecnológica, la cual, normalmente, va asociada a la acumulación (ejemplo: la renovación de maquinaria es la que permite poner en uso maquinaria más moderna). Repito: sólo se puede aumentar el nivel de producción si mejora la tecnología o hay

acumulación. Todo acto de gobierno, o decisión en general, que no afecte ni la acumulación ni la tecnología, no aumenta la producción, por más que lo desee quien lo está llevando a cabo.

¿Otro poquito de buena música?

Si, como dijéramos al comienzo de este cassette, lo que le da la razón de ser a mi profesión es el principio de escasez, y si como explicáramos luego, dentro de dicha escasez normalmente existen alternativas, de estos dos principios surge naturalmente una tercera cuestión fundamental, cual es la de los criterios de asignación. Porque si nunca hay de todo, para todos, gratis, pero si dentro de la escasez puede haber para unos y para otros, entonces, ¿cómo asignar lo poco que siempre hay, entre todos los que lo quieren?

Como de costumbre, utilizaré un ejemplo para introducir la cuestión de los criterios de asignación, ejemplo que sirve para el caso general o, si se prefiere, para aplicar a la enorme mayoría de los bienes (de las excepciones hablaremos luego). Supongamos que en una sala hay más de 5 personas que, gratis, desearían recibir un caramelo; supongamos también que para repartir hay sólo 5 caramelos y que los caramelos no se pueden dividir en caramelitos. Tenemos así planteada la cuestión esencial: hay escasez, porque hay más de 5 personas que quieren un caramelo frente a los 5 caramelos existentes; hay alternativas, porque los caramelos pueden asignarse a unos o a otros, y por consiguiente surge la cuestión de la asignación. El ejercicio que le propongo es el de listar criterios con los cuales se podrían asignar los mencionados caramelos entre las distintas personas (ejemplo: rematándolos, tirándolos al aire e invitando a la gente a que trate de tomarlos, etcétera).

Pero antes de que usted liste criterios, cabe una aclaración fundamental: para que tenga sentido analizar el caso en un cassette de economía como es éste, y no en uno de ética, la lista de criterios no debe pensarse en función de una distribución única de caramelos, sino en una repetitiva. Esta diferenciación es importante porque cuando se está diseñando un criterio para ser aplicado sistemáticamente se tiene que pensar en un sistema, es decir, en un funcionamiento recurrente, donde por consiguiente debe existir una gran conexión entre el criterio de asignación de los caramelos ya producidos, y la (por lo menos) reposición en el próximo período de los caramelos, que haga factible una nueva distribución.

Aclarado este importante punto, vamos a trabajar. ¿Qué criterios de asignación de los citados caramelos propondría usted pensando, como acabo de decir, en una situación recurrente y no simplemente en un caso aislado? Lo imagino proponiendo sistemas como los siguientes: hacer un remate; darle a los 5 primeros que lo soliciten; tirarlos al aire para que sean de quienes los tomen; organizar una "búsqueda del tesoro"; a los más delgados; de acuerdo con la edad, de acuerdo con el sexo, según el número de documento de identidad; a los que viven más lejos; a los más pobres; a quienes más los nece-

siten; a los 5 primeros según el abecedario; a los que estén dispuestos a hacer algo o a entregar algo; al que se me de la gana; según la estatura; por votación del grupo; a quienes tengan estudios superiores, etcétera.

Hay muchos más, y hay muchas variantes más dentro de cada ejemplo citado, pero aquí lo importante es rescatar la idea esencial insistiendo, perdón si lo agobio, en la perspectiva del sistema y no en una situación aislada.

Cuando la cuestión de la asignación se plantea en términos de un sistema, los economistas decimos que los resultados económicos que surgen de la utilización de niveles dados de recursos y tecnología, no son independientes del criterio de asignación en uso, es decir, con la misma tecnología y dotación de recursos, dos economías pueden lograr diferentes niveles de producción aplicando diferentes criterios de asignación.

Pues bien, a los efectos pedagógicos conviene agrupar al anterior listado de criterios de asignación en clases, a partir de un aspecto fundamental, a saber: qué puede hacer, o dejar de hacer, el que recibe el caramelo, precisamente para recibirlo. Esto, naturalmente, clasifica los criterios en tres clases: primero, aquella que reúne a los criterios en los cuales el beneficiario no puede hacer nada; en segundo lugar está aquella que contiene a los criterios donde, según veremos de inmediato, al beneficiario del caramelo le conviene hacer algo negativo para el resto de la comunidad; y en tercer y último lugar está aquella clase que incluye a los criterios donde el que recibe el caramelo hace algo positivo para el resto.

Los economistas profesionales somos muy poco afectos a los criterios en los cuales el potencial receptor del caramelo no puede modificar ninguno de sus comportamientos para mejorar las chances de conseguir un caramelo. Así, ¿quién puede pensar en cambiarse el número de documento, quitarse o agregarse estatura o edad, cambiarse de sexo, etc., para juntarse con un caramelo? Y aquí surge la importancia de la consideración de la cuestión desde el punto de vista de la construcción de un sistema, porque en un mundo donde producir cuesta, ¿qué nivel de producción surge de un sistema de distribución independientemente del esfuerzo individual?

Las otras dos clases de criterios de asignación tienen en común el hecho de que agrupan criterios que al potencial beneficiario le permiten "posicionarse" para juntarse con el anhelado caramelo. Se trata de un par de clases porque si bien ambos tienen la característica que acabo de señalar, mientras algunos criterios de asignación generan, en quienes reciben los caramelos, comportamientos que en sí mismos tienden a reducir la oferta futura (ejemplo; si asigno los caramelos en forma inversa al número de horas trabajadas induzco al ocio, lo cual en principio no le sirve al resto de la comunidad), otros criterios inducen comportamientos que en sí mismos tienden a aumentar la oferta (ejemplo: quien está dispuesto a dar algo a cambio de alguno de los caramelos esta, implícitamente, poniendo a disposición de un tercero determinado nivel de esfuerzo laboral).

Dentro de la primera de las dos clases mencionadas los economistas, claramente, estamos en contra de criterios de asignación que privilegien la fuerza, como tirar los caramelos al aire, el uso de armas, etc., porque no estamos por la competencia a secas sino por la competencia económica.

También dentro de la primera de las dos clases de criterios mencionados, es decir, aquellos que inducen a los que reciben caramelos a "posicionarse" negativamente desde el punto de vista de la oferta, cabe incluir a los criterios de asignación que suponen el poner la decisión en manos de una autoridad superior. Así, cuando se piensa en asignar los caramelos según las necesidades, los médicos, etc., inmediatamente surge la cuestión de quién decide cuál es la persona que tiene más mérito y cuál menos. Con respecto a esta clase de criterios de asignación, no me atrevería a decir que "los economistas" en general somos muy poco afectos, porque en mi gremio, como en cualquier otro, no faltan aquellos que se creen suficientemente "iluminados" como para saber que es lo que realmente le conviene a los otros seres humanos, cuando no se trata de un mero instinto de ejercicio del poder; pero sí destaco el hecho negativo del "posicionamiento" del individuo, porque desde el punto de vista de la sociedad una cosa es que a cada uno de nosotros nos convenga trabajar, y otra bien diferente es que nos convenga ocuparnos en acomodarnos.

Pensando, insisto, siempre en términos de una situación repetitiva o de un sistema, y no de una distribución única de algo ya producido, los economistas en general nos pronunciamos en contra de sistemas de asignación de bienes escasos que induzcan a los beneficiarios a hacer algo que, desde el punto de vista del resto de la comunidad, disminuya la oferta de otros bienes. Así, dentro del listado anterior y como de costumbre pensando en el caso general, y no en el de algunos pocos bienes específicos como la salud pública, si asigno los bienes de acuerdo al criterio de pobreza le envío a cada uno de los habitantes un "signo" terrible, cual es que conviene ser pobre para terminar consiguiendo muchos bienes, cuando desde el punto de vista del sistema lo que necesito es que a la gente le convenga ser rica por medios lícitos y competitivos.

Por la misma razón, dando vuelta al argumento, los economistas estamos en general por criterios de asignación de los bienes que induzcan a los beneficiarios a contraprestar, es decir, a ofrecer algo a cambio, de manera que asegure que en los próximos períodos la oferta sigue existiendo (si hoy le doy un crédito a quien no lo puede pagar, mañana no habrá crédito para nadie).

Dentro de la clase de criterios de asignación que inducen a la gente a movilizarse para reponer los caramelos los economistas vemos con particular simpatía a un par que merecen consideración explícita: el del precio y el de las colas.

¿Por qué el precio? Porque, abajo del "velo monetario" (si en vez de pensar que 1 hora de doctor vale 10 \$ y 1 hora de sastre vale 5 \$, pensáramos

que el doctor cambia una hora de su esfuerzo laboral por 2 de las del sastre, de modo que para que ambos vivan igual uno trabaja la mitad que el otro, o que trabajando igual los ingresos reales de uno son el doble de los del otro, todo resultaría más claro); insisto, más allá del "velo monetario" lo que la preferencia de los economistas por la asignación de los caramelos a través de los precios está planteando es esencialmente la contraprestación del esfuerzo que hubo que hacer para producir cada caramelo, en términos de un esfuerzo equivalente en términos de alguna otra cosa. En una palabra, se están intercambiando esfuerzos humanos.

El sistema de las colas lo incluí dentro de los preferidos por los economistas, porque el tiempo también es un bien; y no toda la gente puede convertirse tiempo en dinero con la misma facilidad. Probablemente Guillermo Vilas compre todo más caro que mi padre, porque Guillermo tiene tanta posibilidad de convertir su tiempo en mucho dinero que le resulta un desperdicio notable: caminar buscando menores precios. Los jubilados, por el contrario, compran legítimamente más barato haciendo colas, porque para ellos el tiempo es abundante.

Ahora usted se explica por qué los economistas somos tan fanáticos de ese "mecanismo de relojería" que es el sistema de precios. Porque es, en términos de un sistema, definitivamente el mejor criterio de asignación que existe para la erogación mayoría de bienes (las excepciones, como la salud pública y la educación primaria y secundaria, deben asignarse directamente y financiarse con impuestos).

En todo el razonamiento, sin explicitarlo, utilicé un principio básico del análisis económico, cual es el de la racionalidad del agente económico. Este principio dice una cosa muy simple: siendo el ser humano alguien inteligente, aplicará su inteligencia para tomar sus decisiones en todo lo referido a los aspectos económicos de la realidad.

La racionalidad está en contra de la arbitrariedad, del comportamiento explicado por el mero azar. No se necesita hacer un control estricto de los recorridos de los taxis, porque como cada uno de los que los manejan están buscando su propio provecho, es decir, poder vivir el y su familia, no tienen más remedio que cargarle nafta al rodado, revisar el aceite y el aire de las gomas, y buscarnos a nosotros, los pasajeros; que es, precisamente, lo que nosotros, los pasajeros, queremos. Y lo que predice el uso de la hipótesis de la racionalidad en la explicación de la toma de decisiones de los taxistas, es que ésta va a implicar una búsqueda inteligente de los pasajeros, es decir, ahorradora de recursos. Dicho de otra manera: nadie le tiene que enseñar a los taxistas a buscar pasajeros.

Tenemos grandes tendencias a malentender las conductas ajenas porque las personalizamos, en vez de ubicarlas en el plano de los roles y razonar de la siguiente manera: "los taxistas hacen lo mismo que haríamos nosotros si

fuésemos taxistas"; y lo mismo sucede con los banqueros, los rotiseros, los zapateros, los empresarios, los obreros, etcétera.

No está demás destacar que en economía la racionalidad se ubica en el plano de los medios y no en el de los fines. Los economistas no estamos en la Tierra para decir si es "racional" que la gente se divierta, o se sienta bien, pescando, estudiando, visitando parientes o durmiendo; pero sí estamos para opinar sobre las formas más "económicas", es decir, aquellas que utilizan menos recursos, destinadas a lograr los mencionados fines. Cuando usted quiere leer de noche, lo que desea es que la lámpara ilumine, y no le interesa si dicha energía fue generada por termoelectricidad, hidroelectricidad o energía nuclear; por consiguiente los economistas no tenemos que opinar sobre la racionalidad de su acto de prender la lamparita pero sí sobre las formas más convenientes de generación de energía.

Dentro de este enfoque básico de racionalidad los economistas distinguimos entre preferencias y conductas. Las preferencias, los deseos básicos del ser humano, son consideradas en el gremio esencialmente iguales entre las distintas personas (lo cual no quiere decir, por supuesto, que ignoramos que algunas personas fuman y otras no, sino que estamos planteando la cuestión a nivel general). Las conductas que se observan a lo largo del tiempo, lo mismo que las conductas que en un momento se observan entre país y país, suelen ser muy diferentes. Pero esto, declinamos los economistas, no es básicamente por la diferencia existente en las preferencias, sino debido a que las mismas preferencias humanas enfrentan a distintas reglas del juego.

Un ejemplo ayudará a aclarar este punto. El argentino medio tiene hoy en su poder dinero para financiar compras por aproximadamente 15 días, en términos del producto bruto. El japonés medio, o el alemán promedio, tienen para algo así como 100 días. No hay ninguna diferencia "racial", por así decirlo, entre el argentino medio y el japonés medio. Tanto es así, que hace 50 años el argentino medio también tenía 100 días de dinero en su bolsillo.

La diferencia de las conductas mencionadas surge del hecho de que ambos enfrentan distintas tasas de inflación: uno por ciento anual en un caso, casi 20 por ciento mensual en el otro. Enfrentemos a los argentinos con una tasa de inflación del 1 por ciento anual, pero en serio, y vamos a ver cómo nos convertimos en japoneses, suizos, alemanes, etc. A su vez, pongamos a los japoneses, suizos o alemanes, frente a una tasa de inflación del 20 por ciento mensual, y veremos cómo, de la noche a la mañana, se "argentinizan".

En una palabra, acostúmbrese a razonar a partir del principio de racionalidad individual del agente económico, enfatizando en las cuestiones el rol más que la persona, y explicando las diferencias de conjuntos no en términos

de preferencias sino en términos de reglas de juego. De todo lo cual los economistas extraemos una conclusión muy importante: cualquiera que se proponga mejorar las conductas individuales no tiene que pensar en "evangelizar", sino que tiene que pensar bajo qué reglas de juego creíbles las preferencias de los habitantes darían por resultado las conductas deseadas.

¿Otro poquito de buena música?

Bien, como le dijera hace aproximadamente una hora, usted no es todavía un economista. Parecería, repito, parecería que no hablamos del producto bruto, de la cuenta regulación monetaria, de los bonos externos o de la protección efectiva, pero usted ya tiene en sus oídos, y presumo que también en su cerebro, algo que en su caso es más importante, es decir, los ingredientes fundamentales para manejarse en términos de los aspectos económicos de la realidad.

Recuerde que los economistas somos un subproducto de eso tan desgarrador desde el punto de vista humano, y tan imposible y contraproducente de ignorar desde el punto de vista de la profesión, que es la escasez. Nos guste o no nos guste, no hay de todo, para todos, gratis.

Recuerde también que, dentro de esa escasez, siempre aparecen alternativas.

No se olvide entonces que, dada la presencia de la escasez y la de las alternativas, es necesario explicitar los criterios de asignación. Los economistas, después de haber analizado mucho y vivido mucho, llegamos a la conclusión de que en la construcción de un sistema el mejor método surge de combinar los precios y, en menor medida, las colas.

Todo esto parte de ese gran principio según el cual nadie sabe defender los intereses de cada uno, como cada uno mismo. Este principio de racionalidad de medios explica las conductas en términos de roles y no de personas, y en términos de las reglas de juego y no de las preferencias básicas de la población, y por consiguiente basa en el cambio de dichas reglas cualquier posible mejora de las conductas.

Usted ya sabe mucho, pero quizá desee saber más. Desde este cassette, lamentablemente, no puedo hacer más nada... Si puedo. Puedo recomendarle un buen libro. Increíblemente para mis amigos, no soy yo el autor del libro que le voy a recomendar, porque en el que estoy pensando es en el libro de principios de economía de Samuelson. Una joya.

¡Chau!

Buenos Aires, octubre de 1984

Flujo circular de la renta

→ Real
..... Monetario



